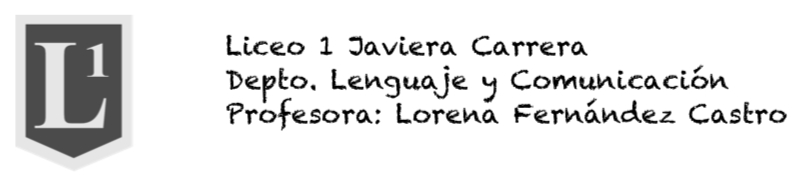
**** Coordinación 4º medio 2020

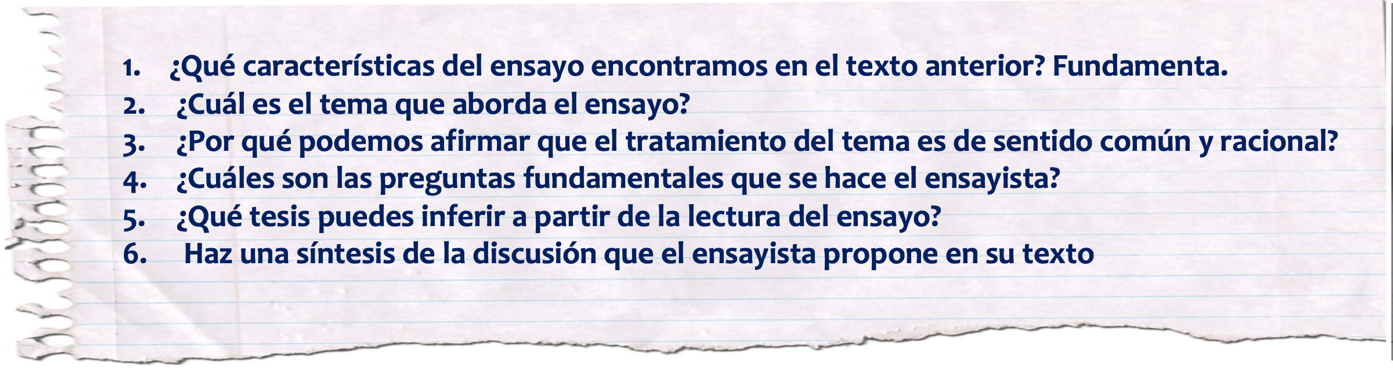
Profesores: Lorena Fernández / Oscar González

|  |  |  |  |  |
| --- | --- | --- | --- | --- |
| Nombre: ………………………………………………………………………………………. | | Curso: 4º …… | | Fecha: |
| **Aprendizaje esperado:** | **Contenidos** | | **Instrucciones** | |
| AE 01 Analizar e interpretar textos literarios de carácter reflexivo-argumentativo (ensayos, crónicas de opinión, columnas de opinión, etcétera).  AE 02 Identificar, definir y comparar las configuraciones (estructuras) típicas o ideales de los textos expositivos- argumentativos, en particular respecto de las secuencias discursivas que incorporan: narrativa, descriptiva, explicativa, dialógica y argumentativa.  AEG Escribir textos expositivos/argumentativos sobre los temas o lecturas propuestos para el nivel, caracterizados por:  > Una investigación previa sobre el tema abordado.  > La presencia explícita o implícita de una opinión, afirmación o tesis.  > La presencia de argumentos, evidencias e información pertinente.  > El uso de recursos lingüísticos cognitivos y afectivos, por ejemplo: metáforas, metonimias, comparaciones, contrastes y analogías. | * Textos reflexivos: El Ensayo. Características, estructura, propósito, producción textual, comprensión lectora. | | * **Lee atentamente el siguiente módulo y desarrolla las actividades a continuación.**   **Tiempo de trabajo:**  **4 clases (8 horas pedagógicas)** | |

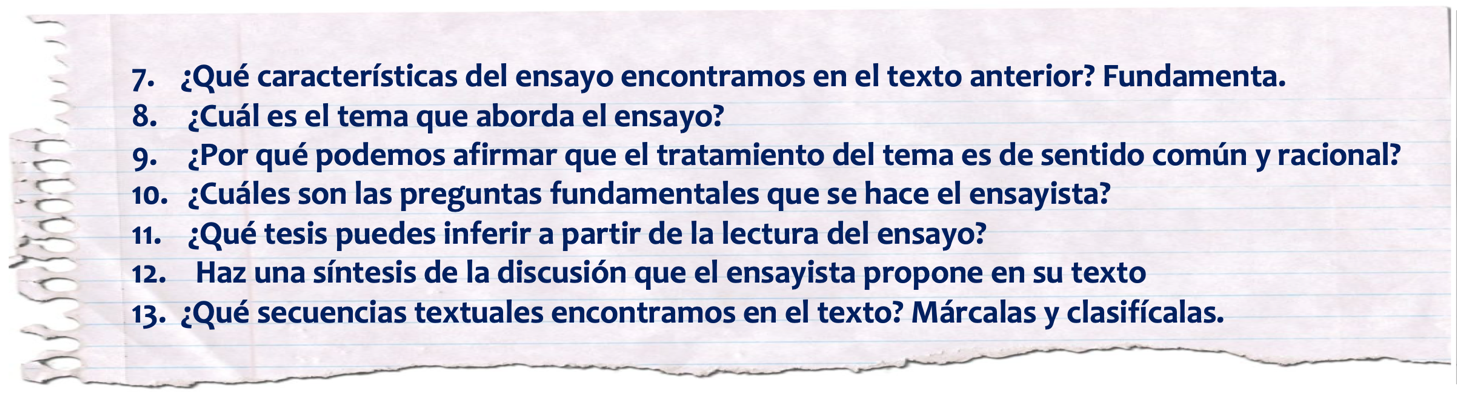
**EL ENSAYO. GUÍA DE EJERCICIOS 4º año**

|  |
| --- |
| **A continuación encontrarás una serie de textos con lo que trabajarás la comprensión lectora y el análisis de textos ensayísticos.**  **Trabaja en tu cuaderno.** |

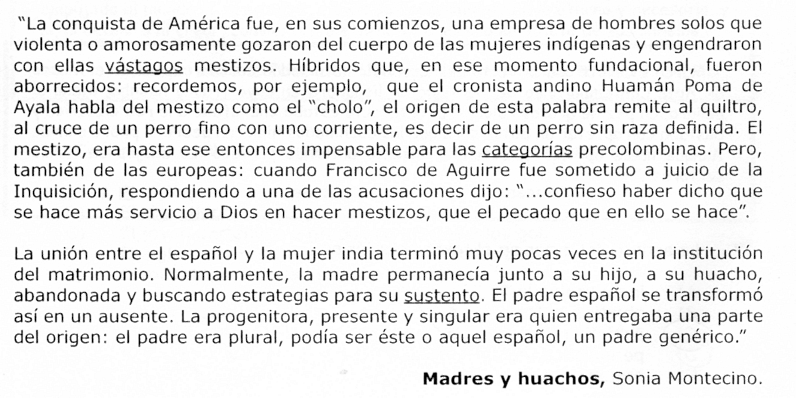
|  |
| --- |
| **Lectura 1**  **El mito de Sísifo**  No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar que la vida vale o no vale a pena de que se la viva es responder a la pregunta fundamental de la filosofía. Las demás, si el mundo tiene tres dimensiones, si el espíritu tiene nueve o doce categorías vienen a continuación. Se trata de juegos; primeramente hay que responder. Y si es cierto, como quiere Nietsche, que un filósofo, para ser estimable, debe predicar con el ejemplo, se advierte la importancia de esta respuesta, puesto que va a preceder al gesto definitivo. Se trata de evidencias perceptibles para el corazón, pero que deben profundizarse a fin de hacerlas claras para el espíritu.  Si me pregunto para qué voy a juzgar si tal pregunta es más apremiante que tal otra, respondo que pone en juego los actos. Nunca vi a nadie morir por el argumento ontológico. Galileo, quien defendía una verdad científica importante, la abjuró con la mayor facilidad del mundo, cuando puso su vida en peligro. En cierto sentido, hizo bien. Aquella verdad no valía la pena la hoguera. Es profundamente indiferente quien gira alrededor del otro, si la Tierra o el sol. Para decirlo todo, es una cuestión baladí. En cambio, veo que muchas personas mueren porque estiman que la vida no vale la pena de que se la viva. Veo a otras que, paradójicamente, se hacen matar por las ideas o las ilusiones que les dan una razón de vivir (lo que se llama una razón para vivir es, al mismo tiempo, una excelente razón para morir). Opino, en consecuencia, que el sentido de la vida es la pregunta más apremiante. ¿Cómo contestarla? Con respecto a todos los problemas esenciales, y considero como tales a los que ponen en peligro la vida o los que decuplican el ansia de vivir, no hay probablemente sino dos métodos de pensamiento: el de Pero Grullo y el de Don Quijote. El equilibrio de evidencia y lirismo es lo único que puede permitirnos asentir al mismo tiempo a la emoción y a la claridad. Se concibe que en un tema a la vez tan humilde y tan cargado de patetismo, la dialéctica sabia y clásica deba ceder el lugar, por lo tanto, a una actitud espiritual más modesta que procede a la vez del buen sentido y de la simpatía.  Nunca se ha hablado del suicidio sino como de un fenómeno social. Por el contrario, aquí se trata, para comenzar, de la relación entre el pensamiento individual y el suicidio. Un acto como éste se prepara en el silencio del corazón, lo mismo que una gran obra. El hombre mismo lo ignora. Una noche se dispara o se sumerge. De un gerente de inmuebles que se había matado me dijeron un día que había perdido a su hija hacía cinco años y que esa desgracia le había cambiado mucho, le había “minado”. No se puede desear una palabra más exacta, comenzar a pensar es comenzar a ser minado. La sociedad no tiene mucho que ver con estos comienzos. El gusano se halla en el corazón del hombre y hay que buscarlo en él. Este juego mortal, que lleva de la lucidez frente a la existencia de la evasión fuera de la luz, es algo que debe investigarse y comprenderse.  Son muchas las causas de un suicidio, y, de una manera general, las más aparentes no han sido las más eficaces. La gente se suicida rara vez (sin embargo, no se excluye la hipótesis) por reflexión. Lo que desencadena la crisis es casi siempre incontrolable. Los diarios hablan con frecuencia de “penas íntimas” o de “enfermedad incurable”. Son explicaciones valederas. Pero habría que saber si ese mismo día un amigo del desesperado no le habló con un tono indiferente. Ése sería el culpable, pues tal cosa puede bastar para precipitar todos los rencores y todos los cansancios todavía en suspenso.  Vivir, naturalmente, nunca es fácil. Uno sigue haciendo los gestos que ordena la existencia por muchas razones, la primera de las cuales es la costumbre. Morir voluntariamente supone que se ha reconocido, aunque sea instintivamente, el carácter irrisorio de esa costumbre, la ausencia de toda razón profunda para vivir, el carácter insensato de esa agitación cotidiana y la inutilidad del sufrimiento.  ¿Cuál es, pues, ese sentimiento incalculable que priva al espíritu del sueño necesario para una vida? Un mundo que se puede explicar hasta con malas razones es un mundo familiar. Pero, por el contrario, en un universo privado repentinamente de ilusiones y de luces, el hombre se siente extraño. Es un exilio sin remedio, pues está privado de los recuerdos de una patria perdida o de la esperanza de una Tierra prometida. Tal divorcio entre el hombre y su vida, entre el actor y su decoración, es propiamente en sentimiento de lo absurdo. Como todos los hombres sanos han pensado en su propio suicidio, se podrá reconocer, sin más explicaciones, que hay un vínculo directo entre este sentimiento y la aspiración a la nada.  El tema de este ensayo es, precisamente, esa relación entre lo absurdo y el suicidio, la medida exacta en que el suicidio es una solución de lo absurdo. Se puede sentar como principio que para un hombre que no hace trampas lo que cree verdadero debe regir su acción. La creencia en lo absurdo de la existencia debe gobernar, por lo tanto, su conducta. Es una curiosidad legítima preguntarse, claramente y sin falso patetismo, si una conclusión de este origen exige que se abandone lo más rápidamente posible una situación incomprensible. Me refiero, por supuesto, a los hombres dispuestos a ponerse de acuerdo consigo mismo.  Planteado en términos claros, el problema puede parecer a la vez sencillo e insoluble. Pero se supone equívocamente que las preguntas sencillas traen consigo respuestas que no lo son menos y que la evidencia implica la evidencia. A priori, e invirtiendo los términos del problema, así como se mata uno o no se mata, parece que no hay sino dos soluciones filosóficas: la del sí y la del no. Eso sería demasiado fácil. Pero hay que tener en cuenta a los que interrogan siempre sin llegar a una conclusión. A este respecto, apenas ironizo: se trata de la mayoría. Veo igualmente que quienes responden que no, obran como si pensasen que sí. De hecho, si acepto el criterio nietscheano, piensan que sí de una u otra manera. Por el contrario, quienes se suicidan suelen estar con frecuencia seguros del sentido de la vida. Estas contradicciones son constantes. Hasta se puede decir que nunca han sido tan vivas como con respecto a este punto en el cual la lógica, por el contrario, parece tan deseable. Es un lugar común comparar las teorías filosóficas con la conducta de quienes las profesan. Pero es necesario decir que, salvo Kirilov, que pertenece a la literatura, Peregrinos, que nace de la leyenda, y Jules Lequier, que surge de las hipótesis, ninguno de los pensadores que negaban un sentido a la vida, se puso de acuerdo con su lógica hasta el punto de rechazar esta vida. Se cita con frecuencia, para reírse de él, a Shopenhauer, quien elogiaba el suicidio ante una mesa bien provista. No hay en ello motivo para burlas. Esta manera de no tomar lo trágico en serio no es tan grave, pero termina juzgando a quien lo adopta.  Ante estas contradicciones y estas oscuridades, ¿hay que creer, por lo tanto, que no existe relación alguna entre la opinión que se pueda tener de la vida y el acto que se hace para abandonarla? No exageremos nada en este sentido. En el apego de un hombre a la vida hay algo más fuerte que todas las miserias del mundo. La condena del cuerpo equivale a la del espíritu y el cuerpo retrocede ante el aniquilamiento. Adquirimos la costumbre de vivir antes de adquirir la de pensar. En la carrera que nos precipita cada día un poco más hacia la muerte, el cuerpo mantiene una delantera irreparable. Finalmente, lo esencial de esta contradicción reside en lo que yo llamaría la elisión, porque es a la vez menos y más que la diversión en el sentido pascaliano. El juego constante consiste en eludir. La elisión típica, la elisión mortal que constituye el tercer tema de este ensayo, es la esperanza: esperanza de otra vida que hay que “merecer”, o engaño de quienes viven para la vida misma, sino para alguna gran idea que la supera, la sublima, le da un sentido y la traiciona.  Todo contribuye a enredar las cosas. No en vano se ha jugado hasta ahora con las palabras y se ha fingido creer que negar un sentido a la vida de que se la viva. En verdad, no hay equivalencia forzosa alguna entre estos dos juicios. Lo único que hay que hacer es no dejarse desviar por las confusiones, los divorcios y las inconsecuencias que venimos señalando. Hay que apartarlo todo e ir directamente al verdadero problema. El que se mata considera que la vida no vale la pena de que se la viva: he aquí una verdad indudable, pero infecunda, porque es una perogrullada. ¿Pero es que este insulto a la existencia, este desmentido en que se la hunde, procede de que no tiene sentido? ¿Es que su absurdidad exige que se la evada mediante la esperanza o el suicidio? Eso es lo que se debe poner en claro, averiguar e ilustrar, dejando de lado todo lo demás. ¿Lo absurdo impone la muerte? Éste es el problema que hay que estudiar antes que los otros, al margen de todos los métodos de pensamiento y de los juegos del espíritu desinteresado. Los matices, las contradicciones, la psicología que un espíritu “objetivo” sabe introducir siempre en todos los problemas, no tienen lugar en el análisis de esta pasión. Esto no es fácil. Lo fácil es siempre ser ilógico. Es casi imposible ser lógico hasta el fin. Los hombres que mueren por sus propias manos siguen hasta el final la pendiente de su sentimiento. La reflexión sobre que mueren por sus propias manos sigue hasta el final la pendiente de su sentimiento. La reflexión sobre el suicidio me proporciona, por lo tanto, la ocasión para plantear el único problema que me interesa: ¿Hay una lógica hasta la muerte? No puedo saberlo sino siguiendo, sin apasionamiento desordenado, a la sola luz de la evidencia, el razonamiento cuyo origen indico. Es lo que llamo un razonamiento absurdo. Muchos lo han comenzado, pero no sé todavía si lo han conseguido.  Cuando Karl Jaspers, revelando la imposibilidad de constituir al mundo en unidad, exclama: “Esta limitación me lleva a mí mismo, allá donde ya no me retiro detrás de un punto de vista objetivo que no hago sino representar, allá donde ni yo mismo ni la existencia ajena puede ya convertirse en objeto para mí”, evoca, después de otros muchos, esos lugares desiertos y sin agua en los cuales el pensamiento llega a sus confines. Después de otros muchos, sí, sin duda, ¡pero cuán impacientes por salir de ellos! A este último recodo en el cual el pensamiento vacila han llegado muchos hombres, y de los más humildes. Éstos renunciaban entonces a lo más querido que poseían y que era su vida. Otros, príncipes del espíritu, han renunciado también, pero a lo que llegaron en su rebelión más pura es al suicidio de su pensamiento. El verdadero esfuerzo consiste, por el contrario, en atenerse a él mientras sea posible y en examinar de cerca la vegetación barroca de esas regiones alejadas. La tenacidad y la clarividencia son espectadores privilegiados de ese juego inhumano en el cual lo absurdo, la esperanza y la muerte intercambian sus réplicas. El espíritu puede de tal modo analizar las figuras de esta danza, a la vez elemental y sutil, antes de ilustrarlas y reanimarlas él mismo.    Albert Camus (fragmento) |



|  |
| --- |
| **Lectura 2**  **El segundo sexo**  Durante mucho tiempo dudé en escribir un libro sobre la mujer. El tema es irritante, sobre todo para las mujeres; pero no es nuevo. La discusión sobre el feminismo ha hecho correr bastante tinta; actualmente está poco menos que cerrada: no hablemos más de ello. Sin embargo, todavía se habla. Y no parece que las voluminosas estupideces vertidas en el curso de este último siglo hayan aclarado mucho el problema. Por otra parte, ¿es que existe un problema? ¿En qué consiste? ¿Hay siquiera mujeres? Cierto que la teoría del eterno femenino cuenta todavía con adeptos; estos adeptos cuchichean: “Incluso en Rusia, ellas siguen siendo mujeres”. Pero otras gentes bien informadas –incluso las mismas algunas veces- suspiran: “La mujer se pierde, la mujer está perdida”. Ya no se sabe a ciencia cierta si aún existen mujeres, si existirán siempre, si hay que desearlo o no, qué lugar ocupan en el mundo, qué lugar deberían ocupar.  “¿Dónde están las mujeres?”, preguntaba recientemente una revista no periódica. Pero, en primer lugar, ¿qué es una mujer? “Tota mulier in utero: es una matriz”, dice uno. Sin embargo, hablando de ciertas mujeres, los conocedores decretan: “No son mujeres”, pese a que tengan útero como las otras. Todo el mundo está de acuerdo en reconocer que en la especie humana hay hembras; constituyen hoy, como antaño, la mitad, aproximadamente, de la Humanidad; y, sin embargo, se nos dice que la “feminidad está en peligro”; se nos exhorta: “Sed mujeres, seguid siendo mujeres, convertíos en mujeres.” Así, pues, todo ser humano hembra no es necesariamente una mujer; tiene que participar de esa realidad misteriosa y amenazada que es la feminidad. Esta feminidad ¿la secretan los ovarios? ¿O está en el fondo de un cielo platónico? ¿Basta el frou-frou de una falda para hacer que descienda a la Tierra? Aunque ciertas mujeres se esfuerzan celosamente por encarnarla, jamás se ha encontrado el modelo. Se la describe de buen grado en términos vagos y espejeantes que parecen tomados del vocabulario de los videntes. En tiempos de Santo Tomás, aparecía como una esencia tan firmemente definida como la virtud adormecedora de la adormidera. Pero el conceptualismo ha perdido terreno: las ciencias biológicas y sociales ya no creen en la existencia de entidades inmutables fijas que definirían caracteres determinados, tales como los de la mujer, el judío o el negro; consideran el carácter como una reacción secundaria ante una situación. Si ya no hay hoy feminidad, es que no la ha habido nunca. ¿Significa esto que la palabra “mujer” carece de todo contenido? Es lo que afirman enérgicamente los partidarios de la filosofía de las luces, del racionalismo, del nominalismo: las mujeres serían solamente entre los seres humanos aquellos a los que arbitrariamente se designa con la palabra “mujer”; las americanas en particular piensan que la mujer, como tal, ya no tiene lugar; si alguna, con ideas anticuadas, se tiene todavía por mujer, sus amigas le aconsejan que consulte con un psicoanalista, para que se libre de semejante obsesión. A propósito de una obra, por lo demás irritante, titulada Modern woman: a lost sex, Dorothy Parker ha escrito: “No puedo ser justa con los libros que tratan de la mujer en tanto que tal…Pienso que todos nosotros, tanto hombres como mujeres, quienes quiera que seamos, debemos ser considerados como seres humanos.”  Pero el nominalismo es una doctrina un poco corta; y a los antifeministas les es muy fácil demostrar que las mujeres no son hombres. Desde luego, la mujer es, como el hombre, un ser humano; pero tal afirmación es abstracta; el hecho es que todo ser humano concreto está siempre singularmente situado. Rechazar las nociones del eterno femenino, de alma negra, de carácter judío, no es negar que haya hoy judíos, ni negros, mujeres; esa negación no representa para los interesados una liberación, sino una huida inauténtica. Está claro que ninguna mujer puede pretender sin mala fe situarse por encima de su sexo. Una conocida escritora rehusó hace unos años permitir que su retrato apareciese en una serie de fotografías consagradas precisamente a las mujeres escritoras: quería que se la situase entre los hombres; mas, para obtener ese privilegio, tuvo que recurrir a la influencia de su marido. Las mujeres que afirman que son hombres, no reclaman por ello menos miramientos y homenajes masculinos. Me acuerdo también de aquella joven trotskista de pie en una tumba, en medio de un mitin borrascoso, que se aprestaba a dar un puñetazo sobre el tablero, a pesar de su evidente fragilidad; ella negaba su debilidad femenina, pero lo hacía por amor a un militante del cual se quería igual. La actitud de desafío en que se crispan las americanas demuestra que están obsesionadas por el sentimiento de su feminidad. Y en verdad basta pasearse con los ojos abiertos para probar que la humanidad se divide en dos categorías de individuos que la Humanidad se divide en dos categorías de individuos cutos vestido, rostro, cuerpo, sonrisa, porte, intereses, ocupaciones son manifiestamente diferentes. Acaso tales diferencias sean superficiales; tal vez estén destinadas a desaparecer. Lo que sí es seguro es que, por el momento, existen con deslumbrante evidencia.  Si su función de hembra no basta para definir a la mujer, si rehusamos también explicarla por “el eterno femenino” y si, no obstante, admitimos que, aunque sea a título provisional, hay mujeres en la Tierra, tendremos que plantearnos la pregunta: ¿qué es una mujer?  […] La mujer tiene ovarios, un útero; he ahí condiciones singulares que la encierran en su subjetividad, se dice tranquilamente que piensa con sus glándulas. El hombre se olvida olímpicamente de que su anatomía comporta también hormonas, testículos. Considera que su cuerpo como una relación directa y normal con el mundo que él cree aprehender en su objetividad, mientras considera el cuerpo de la mujer como apesadumbrado por todo cuanto lo especifica: un obstáculo, una cárcel. “La mujer es mujer en virtud de cierta falta de cualidades –decía Aristóteles-. Y debemos considerar el carácter de las mujeres como adoleciente de una imperfección natural”. Y a continuación, Santo Tomás decreta que la mujer es un “hombre fallido”, un ser “ocasional”. Eso es lo que simboliza la historia del Génesis, donde Eva aparece como extraída, según la frase de Bossuet, de un “hueso supernumerario” de Adán. La Humanidad es macho, y el hombre define a la mujer no en sí misma, sino con relación a él, no la considera como un ser autónomo. “La mujer, el ser relativo…”, escribe Michelet. Y así lo afirma Benda en el Rapport d’ Uriel: “El cuerpo del hombre tiene sentido por sí mismo, abstracción hecha del de la mujer, mientras este último parece desprovisto de todo sentido si no se evoca al macho…El hombre se piensa sin la mujer. Ella no se piensa sin el hombre.” Y ella no es otra cosa que lo que el hombre decida que sea; así la denomina “el sexo”, queriendo decir con ello que a los ojos del macho aparece esencialmente como un ser sexuado: para él, ella es un sexo; por consiguiente, lo es absolutamente.  La mujer se determina y se diferencia con relación al hombre, y no éste con relación a ella; la mujer es lo inesencial frente a lo esencial. Él es el Sujeto, él es lo Absoluto; ella es lo Otro. […] Ahora bien, la mujer siempre ha sido, si no la esclava del hombre, al menos su vasalla; los dos sexos jamás han compartido el mundo en pie de igualdad; y todavía hoy, aunque la situación está evolucionando, la mujer tropieza con graves desventajas. En casi ningún país es idéntico su estatuto legal al del hombre; y, con frecuencia, su desventaja con respecto a aquél es muy considerable. Incluso cuando se le reconocen en abstracto algunos derechos, una larga costumbre impide que encuentre en la vida cotidiana su expresión concreta. Económicamente, hombres y mujeres casi constituyen dos castas distintas; en igualdad de condiciones, los primeros disfrutan situaciones más ventajosas, salarios más elevados, tienen más oportunidades de éxito que sus competidoras de fecha reciente: en la industria, la política, etc., ocupan un número mucho mayor de puestos, y son ellos quienes ocupan los más importantes. Además de los poderes concretos que poseen, están revestidos de un prestigio cuya tradición mantiene toda la educación del niño: el presente envuelve al pasado, y en el pasado toda la Historia la han hecho los varones. En el momento en que las mujeres empiezan a participar en la elaboración del mundo, ese mundo es todavía un mundo que pertenece a los hombres: ellos no lo dudan, ellas lo dudan apenas. Negarse a ser lo otro, rehusar la complicidad con el hombre, sería para ellas renunciar a toda las ventajas que puede procurarles la alianza con la casta superior.  […] “Todo cuanto sobre las mujeres han escrito los hombres debe tenerse por sospechoso, puesto son juez y parte a la vez”, dijo en el siglo XVII Poulain de la Barre, feminista poco conocido. Por doquier, en todo tiempo, el varón ha ostentado la satisfacción que le producía sentirse rey de la creación. “Bendito sea Dios nuestro Señor y Señor de todos los mundo, por no haberme hecho mujer”, dicen los judíos en sus oraciones matinales; mientras sus esposas murmuran con resignación: “Bendito sea el Señor, que me ha creado según su voluntad.”  […] Las religiones inventadas por los hombres reflejan esa voluntad de dominación: han sacado armas de las leyendas de Eva, de Pandora; han puesto la filosofía y la teología a su servicio, como se ha visto por las frases de Aristóteles y de Santo Tomás de Aquino que hemos citado. Desde la Antigüedad, satíricos y moralistas se han complacido en trazar el cuadro de las flaquezas femeninas. […] Montaigne comprendió perfectamente lo arbitrario e injusto de la suerte asignada a la mujer: “Las mujeres no dejan de tener razón en absoluto cuando rechazan las normas que se han introducido en el mundo, tanto más cuanto han sido los hombres quienes las han hecho sin ellas. Naturalmente, entre ellas y nosotros hay intrigas y querellas.” Pero Montaigne no llega hasta el extremo de erigirse en su campeón. Solamente en el siglo XVIII hombres profundamente demócratas encaran la cuestión con objetividad. Diderot, entre otros, se propone demostrar que la mujer es un ser humano igual que el hombre. Un poco más tarde Stuart Mill la defiende con ardor. […] Otros siguen con sus ataques para no cambiar a la mujer. Muchos hombres así o desean: no todos han arrojado todavía las armas. La burguesía conservadora sigue viendo en la emancipación de la mujer un peligro que amenaza su moral y sus intereses.  […] Es así como muchas mujeres afirman con una cuasi buena fe que las mujeres son las iguales del hombre y que no tienen nada que reivindicar; pero al mismo tiempo sostienen que las mujeres jamás podrán ser las iguales del hombre y que sus reivindicaciones son vanas. […] El hombre que sienta la mayor simpatía por la mujer, jamás conoce bien su situación concreta. Por eso no ha lugar a creer a los varones cuando se esfuerzan por defender privilegios cuya extensión no logran calibrar en sus totalidad. Por tanto, no nos dejaremos intimidar por el número y la violencia de los ataques dirigidos contra las mujeres; ni tampoco nos dejaremos embaucar por los elogios interesados que se prodigan a la “verdadera mujer”; ni permitiremos que nos gane el entusiasmo que suscita su destino entre los hombres, que por nada del mundo querrían compartirlo.  […] Lo que han tratado de hacer los feministas es tratar de demostrar que la mujer es superior; es evidente, dicen algunos, que Adán no era sino un boceto, y Dios logró el ser humano en toda su perfección cuando creó a Eva; su cerebro es más pequeño, pero relativamente es más grande; Cristo se hizo hombre, tal vez por su humildad. Cada argumento atrae inmediatamente al contrario, y con frecuencia los dos llevan a la sinrazón. Si se quiere intentar ver claro en el problema, hay que abandonar esos caminos trillados; hay que rechazar las vagas nociones de superioridad, inferioridad o igualdad que han alterado todas las discusiones, y empezar de nuevo.  […] Otros preguntan ¿no es más feliz la mujer del harén que las electoras? El ama de casa ¿no es más feliz que la obrera? No se sabe demasiado bien lo que significa la palabra dicha, y aún menos qué valores auténticos recubre; no hay ninguna posibilidad de medir la dicha de otro, y siempre resulta fácil declarar dichosa la situación que se le quiere imponer.  […]¿Cómo puede realizarse un ser humano en la situación de la mujer? ¿Qué caminos le están abiertos? ¿Cuáles desembocan en callejones sin salida? ¿Cómo encontrar la independencia en el seno de la dependencia? ¿Qué circunstancias limitan la libertad de la mujer? ¿Puede ésta superarlas? He aquí las cuestiones fundamentales que desearíamos dilucidar. Es decir que, interesándonos por las oportunidades del individuo, no definiremos tales oportunidades en términos de felicidad, sino en términos de libertad.  Simone de Beavuoir (Fragmento) |



**Lectura 3**



1. **Según el texto, los hijos de las mujeres indígenas se denominan híbridos porque son**
2. cholos de baja situación económica y social.
3. producto de dos seres de distinta condición social.
4. aborrecidos por sus pares del continente americano.
5. los primeros en poblar América durante la conquista.
6. la viva expresión de la cultura española en América.
7. **¿Qué se puede deducir del párrafo uno?**
8. Huamán Poma de Ayala estudió las particularidades étnicas de los mestizos.
9. Francisco de Aguirre fue condenado a muerte por la inquisición española.
10. En los inicios de la conquista americana, los españoles fueron discriminados.
11. Francisco de Aguirre cometió aberraciones en contra de los indígenas americanos.
12. Los españoles se aprovechaban del cuerpo de las niñas originarias de américa.
13. **En el texto se menciona el matrimonio como**
14. una institución de rara ocurrencia entre las indígenas y los españoles.
15. la unión entre las mujeres y los nuevos conquistadores europeos.
16. la culminación de la relación amorosa entre los indígenas y los españoles.
17. la imposibilidad de unir a un criminal con la progenitora de un “huacho”.
18. una institución desconocida para los habitantes del nuevo continente.
19. **La expresión “padre plural” significa que**
20. el padre de los huachos era un español sin renombre.
21. el padre de los mestizos podría ser cualquier español.
22. la paternidad era asumida en forma colectiva.
23. el padre español se transformó en ausente.
24. la paternidad: característica inherente a los hombres.

|  |
| --- |
| A continuación leerás una situación real, sobre la que se te plantearán algunas preguntas que apuntan a la argumentación y la posterior elaboración de un texto reflexivo. Relee el texto, si es necesario. |

|  |
| --- |
| **Chicago, Estados Unidos, 1995.**  **El 6 de marzo de aquel año, Jonathan Schmitz de 25 años, fue invitado a participar en “El show de Jenny Jones”, exitoso programa de televisión en donde personas corrientes sorprendían a un familiar, amigo o conocido con alguna revelación extraordinaria. Eran comunes las confesiones de infidelidad, el encuentro de ex parejas y todo tipo de situaciones que causaban impacto en el público y subían el rating.**  **Jonathan Schmitz llegó al estudio, intrigado ante la eventual confesión de alguien que lo amaba en secreto. Al entrar, fue recibido por dos de sus amigos: Donna Riley y Scott Amedure. Jonathan los abrazó a ambos, expectante. Fue en ese momento en que Jenny Jones, la conductora del programa, reveló que el admirador secreto de Jonathan era su amigo Scott.**  **El público estalló en gritos y aplausos. Jonathan sonreía nervioso, mientras Scott, animado por la anfitriona del show, relataba sutilmente algunas fantasías sexuales relacionadas con su amigo. Luego de cubrirse la cara con las manos, Jonathan aseguró, aún sonriente, que era “totalmente heterosexual”.**  **El 9 de marzo – tres día después de grabar el programa – Jonathan Schmitz retiró sus fondos del banco, compró una escopeta, condujo hacia la vivienda de Scott Amedure y lo asesinó de dos tiros. Acto seguido, llamó al 911 para pedir ayuda y posteriormente se entregó a la policía.**  **El juicio se convirtió en una sensación mediática en Estados Unidos. Se hicieron públicos detalles impactantes. En la corte, Jonathan diría que la humillación en el programa lo hizo perder el control y que una nota de Scott, supuestamente insinuante, detonó la decisión de dispararle. Donna Riley aseguró que ambos amigos estuvieron bebiendo al día siguiente del programa y que no existía animadversión entre ellos. Un psiquiatra indicó que Jonathan padecía trastorno bipolar y que había sufrido una infancia abusiva, por parte de un padre homofóbico y violento.**  **Los padres de Scott Amedure aseguraban que su hijo era un joven tranquilo y sin ánimos de acosar a nadie. La familia de la víctima entabló una demanda en contra de la Warner Brothers y el canal de televisión por negligencia, falta de ética y por causar la tragedia a través de la exposición de emociones personales con fines de espectáculo. Luego de un juicio sensacionalista, en donde hasta la propia conductora Jenny Jones fue llevada a declarar en cámara, el magistrado dictaminó que el canal de televisión debía pagar 25 millones de dólares a la familia de Amedure, como indemnización por daños y perjuicios. Luego de una apelación, la Suprema Corte de Estados Unidos anuló el decreto y finalmente no se efectuó ningún pago.**  **Por su parte, Jonathan Schmitz fue condenado a 25 años de cárcel. Fue liberado en el año 2017.**    **\*De la serie documental “Juicios mediáticos”, Netflix 2020.** |

|  |
| --- |
| **Actividad de producción textual**  En base al caso anterior, **redacta un breve ensayo a partir de una TESIS que desprendas de tu lectura**. Para ayudarte, te sugerimos la siguiente planificación de tu texto:   1. **TEMA**: **Implicancias éticas en el caso del asesinato de Scott Amedure**. 2. **DELIMITA SUBTEMAS**: Algunos subtemas que se desprenden del principal son: Homofobia, ética televisiva, trastorno bipolar, posesión de armas, etc. Es importante que determines los subtemas que abordarás en tu texto, pues tus argumentos los utilizarán como base. 3. **INFORMACIÓN SOBRE EL TEMA**: El texto anterior aporta fechas, personas implicadas y circunstancias. Si tienes la posibilidad de ver el primer capítulo de la docuserie “Jucios mediáticos” de Netflix, también podrás recabar información al respecto. 4. **TOMA POSICIÓN FRENTE AL TEMA**: ¿Qué opinas sobre el caso leído? ¿Quién tuvo la culpa en esta tragedia? ¿Hay más de un culpable? ¿Ninguno es culpable? Al ordenar tu punto de vista, estarás en condiciones de plantear tu tesis. 5. **DEFINE TU TESIS**. Recuerda que se trata de una **AFIRMACIÓN DEBATIBLE**. Decide si la ubicarás al principio (una vez que plantees la introducción) ; O al final (junto con tu conclusión). 6. **SOBRE LA INTRODUCCIÓN**: Recuerda que un ensayo es flexible y permite bastante libertad. Pero puedes iniciar tu texto con un párrafo introductorio que entregue algunos antecedentes del caso; ya sea utilizando secuencias textuales expositivas o narrativas. 7. **DEFINE AL MENOS TRES ARGUMENTOS** que utilizarás en tu texto. Recuerda que un ensayo te permite hacer disgresiones, en donde abordes temas afines, incluyas experiencias personales, situaciones similares, citas, etc. Como se trata de un “mini” ensayo, con tres argumento será suficiente. 8. **PLANTEA UN CONTRARGUMENTO**. Recuerda que luego de exponer tus argumentos, debes plantear uno que contradiga tu tesis, para luego rebatirlo. Ej: Si bien existen estudios que indican que… Esto no significa que sea correcto que… (En este caso, planteo un contrargumento y luego lo abordo con la refutación). 9. **CONCLUSIÓN**: Reflexiona sobre el tema, invita al lector a abordar el asunto desde otras perspectivas e incluye una pregunta retórica. Ej: “¿Acaso es correcto que hagamos (…)?   **LUEGO DE PLANIFICAR LA ESTRUCTURA Y EL CONTENIDO, ANÍMATE Y ESCRIBE TU ENSAYO EN TU CUADERNO. ¡ÉXITO!** |